

Andrés Carrión

# Los Atrapa Sombras

El orbe de las sombras

Ilustraciones de  
Mar Silvestre



en órbita

El ladrón invisible, creyéndose a salvo, guardó el collar dentro de la bolsa con el resto del botín.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó la rana encapuchada que pilotaba la góndola.

—Ha sido por culpa de ese maldito gato, el guardaespaldas de los barones. No se separaba de ellos —explicó el ladrón invisible quitándose el anillo y recuperando su verdadera apariencia, la de un zorro de color rojo—. Menos mal que le hemos dado esquinaz...

Una mano se agarró a la góndola.

Un mojado y malhumorado felino subió a la embarcación y... volvió a desenfundar su puñal.

—¡Oh, vaya! —le dijo el zorro a la rana—. Tú sigue remando, yo me encargo de este *gatito* entrometido.

Ard estaba claramente molesto por esas palabras. ¡Él no era ningún gatito!

Avanzó hasta la mitad de la embarcación para enfrentarse al zorro. El ladrón rápidamente volvió a colocarse el anillo en el dedo y a desaparecer ante sus ojos.

—¡Píllame ahora! —le soltó burlón.

«¡Eh, eso es trampa!».

Ard no supo dónde estaba su oponente invisible hasta que la hoja de una daga brilló en la oscuridad. El filo curvado se dirigió hacia su cuello. Agachó la cabeza justo a tiempo. Un segundo más y ya no lo contaba.

«Bueno, ahora ya sé dónde estás».

El felino movió las orejas para estar alerta al menor ruido. Sus ojos estaban fijos, clavados en esa pequeña

pero mortal daga. Era difícil anticipar los movimientos de su adversario sin verle la cara.

Ard lanzó una estocada al aire para obligarlo a retroceder. Lo que no esperaba era recibir una patada a traición.

«¡Uf, justo en el abdomen!».

El felino perdió el equilibrio y cayó tendido sobre el suelo de la embarcación. Lo peor: ¡había perdido el puñal!

Giró el cuello y lo vio a muy pocos centímetros de su mano. Estiró el brazo. Antes de poder recuperarlo, notó un peso encima de él. El ladrón invisible estaba sobre él y acercaba peligrosamente la daga hacia su rostro.

El filo casi le rozaba el ojo.

«No, no pensaba quedarse tuerto. Con ser manco ya tenía más que suficiente».

Ard agarró el brazo de su enemigo y le apretó con fuerza la muñeca. La idea era hacerle soltar el arma.

Un nuevo filo brilló encima de él. El ladrón había sacado otro cuchillo. Tenía dos manos y dos armas; mientras que él tenía un único brazo y ninguna arma. ¿Qué iba a hacer?

«A situaciones desesperadas, medidas desesperadas».

Ard dio un certero e inesperado cabezazo al tipo invisible. Sonó un fuerte chasquido como de algo rompiéndose. El tipo soltó las dos dagas a la vez.

—¡Bestia, mis dientes! —El ladrón se dirigió a la rana—: ¡Ayúdame!

Ard se puso en pie y tomó su puñal. De nuevo armado, lanzó una mirada llena de rabia a ese batracio que dudaba si intervenir en la pelea o no...

—¡Qué charcas! —dijo la rana soltando la pértiga, dando un brinco con sus ancas y saltando por la borda. Se alejó de la góndola hasta que su figura se perdió en las oscuras aguas del canal. Había elegido salvar el pellejo.

Ard volvió la mirada hacia donde estaba su enemigo. Los dos cuchillos, flotando, se levantaban del suelo y se dirigían de nuevo contra él. El felino, con unos reflejos increíbles, detuvo todas las estocadas.

—¡Maldito! —espetaba cada vez más furioso.

«Eso es, sigue hablando —pensó Ard—. Así sé dónde estás».

Se iba acercando más y más. Podía sentir su aliento. Ahora era el momento de quitarle ese anillo mágico que lo volvía invisible. Pero primero, desarmarlo.

Ard dio una potente estocada y una de las dagas salió



volando lejos de la mano del ladrón. Tras trazar una curva en el aire, se hundió en las aguas del canal.

Una menos.

Su enemigo aprovechó para darle una cuchillada en el ombligo. Menos mal que Ard siempre llevaba una cota de malla bajo su capa.

¡Eso lo había salvado!

Retrocedió un par de pasos para evitar otra cuchillada fatal.

«Oh-oh».

Se encontraba arrinconado. Había llegado a la popa de la góndola. Tras él, las frías aguas. Delante, el enemigo, armado y peligroso.

—¡No puedes huir, *gatito*! ¡Ya eres mío!

Ard se echó hacia atrás y, tomando impulso con las dos piernas, se lanzó contra su adversario. Ese inesperado ataque lo derribó. Antes de que pudiera hacer o decir nada, el felino lo desarmó e inmovilizó usando una de sus piernas. Mientras lo mantenía quieto, agarró su mano y le quitó el anillo.

El zorro rojo volvió a ser visible. Estaba hecho una furia.

—¡Maldito gato! Me las pagarás. Juro que...

—No... soy ningún gato... —le respondió, dándole un puñetazo en la barbilla. Lo dejó inconsciente—. ¡Soy un serval!

Ard miró el anillo. Primero pensó en quedárselo. Hacerse invisible a voluntad podía venirle bien en futuras ocasiones. Pero luego descartó la idea.

«No, este es un objeto demasiado peligroso. Debo evitar que caiga en malas manos».

Antes de cambiar de idea, lo lanzó a las aguas del canal.

Después, agarró la bolsa con el botín y la abrió. «¡Uf, menos mal!». El collar de la baronesa todavía estaba dentro.

—¡Detente, ladrón! —le gritó un guardia desde una góndola que se aproximaba.

Tendría que dar muchas explicaciones si quería evitar acabar en la cárcel. Para colmo de males, empezaba a llover.

# 1

## Un trabajo sencillo

Meses después seguía lloviendo. Ard llevaba horas recorriendo a caballo la distancia que lo separaba de su destino: la taberna El Sapo Amarillo. Podía animar a su montura a ir más rápido, pero sabía que el animal ya no daba más de sí.

Total, ya faltaba poco.

Media hora después, llegó a las afueras de la taberna y ató las bridas de su caballo.

Ahora, el pobre podía descansar tras horas de esfuerzo.

–Buen chico –le dijo mientras pasaba la mano por sus crines y le daba una pasa.

Ard cruzó la puerta de doble hoja y entró en El Sapo Amarillo. Como era de esperar, debido al mal tiempo, estaba abarrotada de personajes de todo tipo y pelaje.

Mientras avanzaba por aquel tugurio, buscó con la mirada una mesa libre.

Misión imposible. No había ni una.

Se acercó a la barra y apoyó el codo. El dueño, que, como su nombre bien indicaba, era un enorme sapo amarillo, se aproximó a él.



—¿Qué le pongo, caballero?

—Una jarra de hidromiel —respondió mientras colocaba una moneda de cobre encima de la barra.

El tabernero tomó la moneda con su larga lengua y le sirvió la bebida.

Ard pegó un buen trago. Pese a la lluvia, su garganta estaba seca tras recorrer tantos caminos polvorientos.

Sabía que la cosa iba para largo. Había quedado con Cyr y nunca era puntual, siempre se retrasaba. Esperaba que al menos le llevase algún futuro trabajo interesante.

Vio que un par de erizos se levantaban y dejaban una mesa libre junto a la chimenea. Ard sujetó su be-

bida y se dirigió hacia ella. Colocó la jarra sobre la mesa para tomar posesión de esta.

—Perdona, gato. Pero esta mesa ya está ocupada —le dijo una rata que rápidamente se había sentado en uno de los taburetes. A su lado, de pie, estaba su compinche, un ratón blanco—. Siéntate, compadre.

El ratón miró al felino y dudó un segundo o dos antes de sentarse en el segundo taburete. Pero Ard no solo no se fue, sino que fue a por el taburete que quedaba libre, se sentó y siguió bebiendo de su jarra como si nada.

—Veo que no me has entendido. Quizá seas un poco duro de oído. No te preocupes... ¡Yo te quitaré esa cera de las orejas! —gritó sacando un afilado cuchillo y enseñándoselo con expresión amenazadora.



Ard dejó la jarra sobre la mesa y, haciendo caso omiso, le dio la espalda a la rata. Se giró hacia la chimenea y acercó su brazo al fuego para calentarse.

—Pero ¿tú de qué vas? O te levantas ahora mismo de nuestra mesa o te hago una cara nueva..., «minino».

Ard se giró y, de una simple patada, derribó la pata del taburete donde se sentaba la rata. Esta cayó al suelo con estrépito.

Un silencio sepulcral llenó el local. Todos los clientes volvieron sus cabezas hacia esa mesa. Todo apuntaba a que habría una gran pelea.

—¡Estás muerto! —le gritó a la cara.

«Si hubiera ganado una moneda de oro cada vez que le habían dicho eso, ahora sería rico», pensó Ard.

El felino agarró la jarra y dio otro trago. La rata clavó la hoja del cuchillo en la madera de la mesa, justo a la altura de la cara de Ard.

—No me tienes miedo, ¿eh? ¡Pues deberías, porque soy un tipo muy peligroso!

Ard estiró su brazo y golpeó a la rata, justo en el morro, con la jarra. La derribó de nuevo. El ratón blanco dirigió la mirada hacia el cuchillo clavado en la mesa.

—Mala idea... —susurró el felino, mirándolo muy serio.

—Anda, vámonos —dijo el ratón blanco, agarrando a su amigo, la rata, del suelo—. Mira, allí hay otra mesa libre.

—¡No quiero peleas en mi posada! —dijo el sapo amarillo.

–Dos jarras más, posadero –pidió Ard, lanzando al aire un par de monedas de cobre.

–Enseguida –contestó, y atrapó las monedas en el aire con su larga lengua.

La normalidad regresó a la taberna. Las cabezas de los clientes volvieron a sus respectivas charlas y conspiraciones.

Ard estaba terminando su segunda jarra de hidromiel cuando su cita apareció por la puerta. El mismo Cyr de siempre. El suricato todavía llevaba ese traje color vino que le venía tan grande.

–Hola, Ard. Siento mucho el retraso, pero es que... –Ya estaba con las excusas de siempre–. ¡Oh, vaya! ¡Qué detalle...! ¡Me has pedido una jarra!

–Imaginé que estarías seco.

–Bueno, seco precisamente no. ¡Hace un tiempo de perros! –Un dogo que había en la mesa de al lado se volvió hacia el suricato y lo miró mal–. Esto... ¡Perdón! Me refería a...

Ard le lanzó una mirada terrible al dogo, que regresó a sus propios asuntos. Esperó a que Cyr diese el primer trago. Un trago largo, muy largo...

–Cyr, no tengo toda la noche. Así que escupe de una vez. ¿Qué tienes?

–¡Ah! Gracias por el hidromiel, Ard. –El suricato se limpió los morros con la manga de su traje–. Bueno, se trata de un trabajo sencillo. Va a ser el dinero más fácil que te hayas ganado en la vida. Solo tienes que ir a por una princesa, al reino del rey Sagaz, y

llevarla hasta el castillo del reino vecino (tengo por algún lado apuntado su nombre)... –dijo rebuscando entre los bolsillos de su casaca–, donde se casará con el prometido que sus padres le han elegido. Un trabajo de escolta, sencillísimo.

–Siempre dices eso, Cyr. Y luego siempre pasan cosas... inesperadas.

–En esta ocasión no, ya lo verás. No habrá nada de magia. Prometido.

–¿Seguro?

–Segurísimo.

–Tampoco iba a haber nada de magia en el trabajo de acompañar a los barones a la fiesta, y mira lo que pasó.

–¿Todavía te acuerdas de eso? ¡Fue hace un montón de tiempo!

–Me acuerdo como si fuera ayer. ¡Cómo se nota que no fuiste tú el que estuvo encerrado cuatro días en aquel húmedo calabozo!

–En cuanto me enteré, fui a sacarte de allí. ¡No sabes a la de gente que tuve que sobornar para lograrlo! Respecto a lo del ladrón invisible, ¿cómo diantres iba a saberlo? Esta vez será diferente. Ya lo verás, todo irá bien.

–Eso espero.

–¿Alguna duda?

–Sí, una: si es tan sencillo, ¿para qué me necesitan?

–Bueno, al parecer, la princesa no está muy de acuerdo con el pretendiente que le ha buscado su

padre. No le gusta porque es bastante viejo y, por eso, ella ha intentado fugarse del palacio... un par de veces.

—¿Eso es todo? Una princesita rebelde.

—Claro, amigo. Será como dar un paseo.

—Eso espero. ¿Cuántos días de trayecto hay entre los dos castillos?

—Tres jornadas a caballo. Cuatro, como mucho. Son reinos colindantes. El padre de la joven te dará la mitad del pago. La otra mitad te la dará el prometido a la entrega de la joven. Aquí tienes todos los datos —concluyó, y entregó un trozo de pergamino garabateado que sacó de uno de los bolsillos—. Rey Garra. Ese es el nombre del prometido. Y ahí están las indicaciones para llegar...

Ard asintió y se guardó el pergamino. ¡Qué mala letra tenía Cyr!

No es que le entusiasmase la tarea, pero estaba bien pagada y no estaban los tiempos, tras la Pequeña Guerra y la Gran Plaga, para rechazar un trabajo.

—¿Desea algo de comer? —preguntó el sapo amarillo acercándose al suricato.

—Un plato de estofado.

—No queda, señor.

—¿Qué? ¡Pero si aquí siempre hay estofado! —protestó Cyr.

—Pues hoy no. Si hubiera venido antes... Pero tenemos sopa.

—¿De qué es?

—¿De verdad quiere saberlo? —le respondió el sapo con otra pregunta.

–No, mejor no. Bueno... Si está caliente, supongo que me valdrá. Póngame un plato.

El tabernero se alejó de la mesa.

–¿Vas a cenar ahora? –le preguntó Ard.

–Tengo hambre y frío. La sopa me entonará. Espero que lleve tropezones. –El felino guardó el trozo de pergamino y apuró su jarra de un trago–. Como verás, mis contactos se mueven cada vez en las más altas esferas. De barones hemos pasado a la realeza. Espero que no pierdas a la princesa por el camino.

–Descuida, no lo haré.

–Y recuerda que, si todo va bien, mi comisión es...

–... la de siempre. Sí, lo sé.

–¡Buen viaje y hasta dentro de unos días!

El felino se despidió de Cyr y salió de El Sapo Amarillo.

Como era de esperar, afuera seguía lloviendo. Realmente, Cyr tenía razón: hacía una noche de perros.

Mientras Ard montaba en su caballo y se encaminaba hacia su nueva misión bajo la lluvia, en el interior de El Sapo Amarillo, el suricato seguía intentando averiguar qué diantres llevaba esa sopa...